

Aquellas “tenidas” bravas....

La afirmación del coraje varonil mediante lances de honor fué un elemento importante y particular en la cultura rioplatense.

La práctica del duelo con arma blanca como culto al coraje o como único recurso para lavar una afrenta, queda planteada desde la llegada misma del Europeo.

Y aparecerá íntimamente asociada a las primeras menciones al gaucho -como tipo social- desde la época de la colonia. Quizá el antecedente mas lejano en tiempo y espacio, sea la singular forma de combate de los italianos del sur o de los chulos andaluces : manta en un brazo y navaja en el otro.

En el proceso criminal seguido en Buenos Aires al "gauderio" Juancho Barranco en el año 1759, (primigenio guapo dieciochesco) consta como entró a la pelea : a los gritos de "háganse a un lado"; con faca en la mano y puñal en la otra y poncho envuelto en el brazo.

En la época que aludimos, las muertes que resultan de las peleas en las pulperías dan lugar a la sanción de numerosos bandos prohibiendo portar armas. Uno del año 1753, pena con docientos azotes al portador de cuchillo.

Juan Manuel de Rozas, ochenta años mas tarde usaba la misma pena para igual "delito" entre sus peones. Atosigadas de autoritarismo, las huestes criollas hubieron de sufrir el represivo Código Rural pergeñado por la oligarquía vacuna hasta entrado el siglo XX. Incluso en La Pampa, con castigo de cepo en las comisarias de campaña. Consta prolijamente mencionado entre los amarillentos folios de algunas causas consultadas.

Desde aquellos expedientes de trabajosa letra podemos rastrear algunas expresiones camperas ya usadas en la época para referirse a los hechos con arma blanca : Grande dañino, cuchillero y peliador, mozo perdido, "pasiandero" (por vagabundo), vago y malentretenido. La primera mención que encontramos a la voz "facón" es de 1790.

En nuestra literatura nacional -y en especial la gauchesca- el duelo criollo o los hechos con arma blanca ocupan un lugar destacado.

De a cientos campean las circunstancias que los provocan. Y se evidencian las normas no escritas pero tácitas e implícitas que los regulan en los diferentes escenarios en que se desarrollan. Ya sea en la ciudad ; en sus orilleros arrabales o en la campaña ; en las dilatadas extensiones fronterizas al indio, primero o en los tardíamente incorporados "Territorios Nacionales", después del 1880.

No obstante lo disímil, todas siguen un común patrón: tienen que ver con el mas profundo honor individual, con la imagen social encorsetada casi siempre en la marginalidad y con el hondo prestigio de "hombre capaz".

El duelo criollo dentro de este contexto, podía ser espontáneo o convenido de antemano. Podían entre sus causas campear el alcohol, viejos resentimientos o una palabra de mas. Cuando no, una "china querendona" o una copla intencionada. Y surgen entonces, las variantes:

A muerte, si la afrenta a lavar lo hiciera exigible o si el simple acaloramiento de los hechos enturbiara la razón.

A primera sangre, si solo se buscara desprestigiar al adversario. A veces, lo que se trataba era "marcar" el rostro del oponente conllevando en si mismo -el hachazo heridor- una carga de predominio sobre el contrario. De fuerte valor simbólico en aquella sociedad pastoril donde la "hierra" al ganado vacuno o caballar otorgaba derecho o propiedad sobre el mismo.

Y los había, claro está, duelos de "puro floreo". Por juego o de diversión.

Y también de práctica. En estos casos se usaba un palito o simplemente el dedo índice tiznado o engrasado sustituyendo el arma.

La técnica de lucha -la esgrima criolla-, se basaba en las habilidades de "visteador", fuera esta adquirida o innata: vista y reflejos rápidos, un buen acopio de mañas y dominio de las emociones.

Recuerdo vagamente haber presenciado una amistosa "visteadada" en el patio de la "canchita de los malandras" siendo chico. En aquella Santa Rosa todavía campechana de los 60', que marcó mi infancia.

El popular frontón estaba en la esquina de las calles Juan B. Justo y Centeno. Era también despacho de bebidas para los últimos carreros de la ciudad (Isidro Rosas y el Pilo, los recuerdo a la distancia), de viejos milongeros criollos de cinta argentina en el diapazón y de la muchachada del barrio "del salitral" con veleidades de pelotaris. Los domingos solían colarse a hurtadillas de la policía, mañeros galleros al reñidero oculto en la trastienda.

Los contrincantes de aquella mágica tarde -paisanos maduros ya y del tipo de los que hoy ya no se ven-, dejaron sentada su condición de esgrimistas entre los presentes. Uno era nombrado como Benitez y el otro un tal Mellao. Neuquino.

Fue una prolongada demostración de finteos, amagues y topadas ; de repliegues y giros buscando "entrar". Bien afirmadas sus piernas, el torso algo quebrado y adelantado, llevando al otro hacia las imperfecciones del embaldosado del amplio corredor que daba al patio con corredores de chapa. Entre las hurras y vitores de las respectivas hinchadas. Claro que usaban los cuchillos envainados. El de Mellao era de pura plata.

Claro que muy distintas por sus resultados y mucho más impresionantes deben haber sido aquellas tenidas bravas, las verdaderas.

Hudson las pinta impecablemente:

"...el floreo del facón implicaba todo un arte impresionante cuando los rivales se enfrentaban y sus armas, reflejando el sol, parecían dos ruedas resplandecientes, dos espejos giratorios.."

Los puntazos y hachazos se atajaban -o desviaban- con el propio cuchillo o con el poncho que envolvía el brazo opuesto, en continuo movimiento cubriendo algo separado, el torso y cintura.

Son numerosos los episodios donde el paisano no queriendo "desgraciarse" da por terminada la contienda con un planazo oportuno y bien aplicado "entre las aspas" aturdiendo con el golpe al oponente y evitando así el inútil derramamiento de sangre.

Cuando el adversario era despreciable por alguna condición moral o simplemente considerado poca cosa, se apelaba al uso de otras armas: el rebenque, el arriador, el cabestro o el mismo poncho. Sabido usar con fuerza y baquía, "la manteada" - que así se llamaba esta técnica- podía llegar a ser soberana.

Hay episodios que resultan reveladores. Eduardo Gutierrez narra dos de estas características:

..."Pacheco repitió los ponchazos con encarnizamiento."El Cinchador" a cada golpe vacilaba y extendía los brazos para no caer. Dos ponchazos mas y hubiera emprendido la fuga. Pacheco así lo comprendió, dejó de castigarlo diciendo:"no lo corro amigo porque no quiero avergonzarlo mas..."

En cuanto al uso del rebenque, dice el mismo autor de uno de sus héroes, el famoso gaucho bonaerense apodado "el Tigre del Quequén":

..."se apoderó del rebenque que estaba sobre el mostrador y diez segundos después Rosendo rodaba por el suelo perdiendo daga y prestigio bajo la mas espantosa lluvia de rebencazos que se haya dado jamás"...

Pero el arma por excelencia del gaucho -o del paisano criollo- para dirimir sus cuestiones fue el cuchillo.

Los había de diferentes nombres que aludían a sus formas y tamaños: puñal, facón, daga o el mas práctico y doméstico "verijero" que toma su nombre del lugar donde se porta entre la faja y el cinturón.

Aquellos de dimensiones mas considerables se usaban cruzados a la cintura por atrás. Todos se llevan en una vaina de cuero o si el portador fuera "de posibles", enchapada en oro y plata. Eso si, colocado el filo de manera que al sacar el arma en un apuro y en el amplio semicirculo que traza el brazo armado -como sentenciaba el hernandiano viejo Vizcacha- .."salga cortando"....

En el recado se llevaba "el caronero" , confeccionado casi siempre con una hoja de sable. Iba colocado entre el basto y la carona, con el mango hacia adelante, siempre del lado de montar.

El arma de fuego nunca tuvo aceptación masiva entre el paisanaje. Cuando la porfía había sido entre arma de fuego y cuchillo a corta distancia, generalmente había triunfado el último.

Solo un buen tirador puede acertar a un blanco que avanza zigzagueante, moviéndolo el cuerpo. Y si así fuera, aún herido mortalmente, puede "acomodar" una puñalada en su envión.

Felix San Martín, relata un hecho sucedido en 1898 en las inmediaciones del incipiente caserio de Santa Rosa, entonces, "de Toay".

"...había hierra en el puesto de Romero, donde se encontraba el viejo gaucho Caravajal. Un paisano desconocido, Cirilo Reyes, por cuestiones nimias, sacó un revolver e hizo fuego sobre el viejo hiriéndolo en un hombro.

Caravajal, cerrado en desigual

lucha con Reyes que seguía disparando su arma, en un descuido de este, le hundió el cuchillo en la ingle. Dos horas después moría Reyes..."

Mas tarde se supo, según las actuaciones practicadas por el comisario Valerga, que Reyes en realidad era uno de los hermanos Barrientos, temibles personajes de los cuales Eduardo Gutierrez había escrito un famoso folletín historiando sus andanzas.

Gutierrez, como tantos otros, perteneció a aquellos poetas y literatos populares, gauchescos o arrabaleros, que en el siglo XIX recogieron siempre -o intentaron hacerlo-, el lenguaje común y las características del medio que describieron.

El habla y el sentir del hombre de la pampa, entonces, se desgranó a dos puntas: En el arrabal metropolitano, ambigua ecología de pampa y urbe revitalizado con voces nuevas llegadas en los barcos. Con sangres extrañas aporteñadas de apuro. Poblado de malevos que tanto deambularon en la tematica Borgeana.

En los asuntos de amor o de odios primó el entrevero a "punta y hacha" entre tangos canyengues y milongas bravas. Y asomó en sus primeros títulos musicales : "duelo criollo", "mandria", "la puñalada".

En los territorios "nuevos", se ganó entre el rancherío de los fortines, se instaló en las poblaciones incipientes, guapeó en los boliches de campo. Se quedó para siempre en los puestos y "reales".

Transformado en locuciones cotidianas, en dichos populares. En refranes sentenciosos que aún circulan por La Pampa. Entre nosotros....

Y como son la sabiduría del pueblo, hay que atender al que dice "peligroso como puñalada de zurdo". Al que previene, "no dejar que ninguno te gane el lao del cuchillo".

O aquel "nadie me pisa el poncho", que alude a la costumbre bravucona de arrastrarlo por el piso buscando pendencia. Quien lo pisara, forzaba a una porfía. Tiene vigencia aún en su sentido original

"Atarse la faja" y "Hacer la pata ancha" no son mas que dos prevenciones elementales para entrar a la pelea. Libre de impedimentos reza el primero; bien afirmado para no flaquear, el segundo.

Todavía los graficamos al enfrentar una contingencia, un apuro.

Y desde entonces, sabemos que "madrugador" no solo es el que se alza temprano para honrar al trabajo. También – y en las antípodas- es el que tira el puntazo cuando el otro está desarmado. El que traiciona el respeto -cualquiera sea la situación- a las normas entendidas por la costumbre. Por la ética paisana.

Jose Depetris